

Casa de Trini Errázuriz de Ossa. Calle Mar del Plata. Bajo un castaño, a la hora del té, cada día reúne a escritores, músicos, pintores y viejos amigos. Jorge Délano, Renato Irarrázaval, Elisa Serrana, Marta Villanueva de Bulnes, entre varios. Jugo de naranja, brazo de reina, helados, canapés de palta. La anfitriona es de la vieja escuela. Sus huéspedes se sienten cómodos, gratos. La charla fluye sin pleitos mayores. Al caer la tarde, se escucha música. Es, probablemente, la última "tertulia" que queda en Santiago...

Tertulias ha habido en Chile desde antiguo. Sin duda, doña Inés de Suárez tenía una, al calor de algún brasero, rodeada por "sus españoles". En la colonia estas reuniones eran pías y las administraba un sabio jesuita, o un amable franciscano. A veces un helado y beato corregidor. Se comía muy temprano entonces, con luz crepuscular, y después era necesario llenar las horas de la tarde y las de la primera noche. La independencia trae alegría a estas reuniones. La vida de los santos es dejada de lado. Se conspira, entre mistelas y aguardientes, ponches, bailes y cantos. Arpas, guitarras, espinetas. Doña Javiera Carrera, baila ba la resbalosa...

LOS TIEMPOS DE DOÑA MARTINA

Noventa y cuatro años vivió doña Martina Barros de Orrego. De los cuales más de la mitad fueron ocupados en mantener una "tertulia" célebre en Santiago, que se inicia en el siglo XIX y termina con su muerte casi en la mitad del nuestro. Su gran casa de la calle Catedral se abría cada noche, después de la comida o cena, a literatos, artistas, políticos y hombres importantes.

Pequeña, regordeta, amable y culta "dominaba como una gran dama de viejo cuño, de rara moderación en el lenguaje, de fino señorío en las maneras", nos cuenta Ricardo Latcham, quien asegura haber frecuentado su "salón" hacia 1924, en compañía del crítico Manuel Vega (alias "El marqués de Comillas", por su afición a citar textos"). Por su parte, doña Martina recuerda que Latcham, con su sobrino Eugenio Orrego Vicuña "formaban la extrema izquierda literaria".

Eduardo Balmaceda Valdés (El "Lalo" para sus íntimos), recuerda en *Un mundo que se fue*, que "doña Martina me pareció una señora de mucha dignidad, nada de zalamera, muy segura en sus opiniones; poco antes de las doce de la noche se sentaba frente a una mesita que contenía todos los aditamentos para preparar una buena taza de té y personalmente ella la servía para cada uno de sus contertulios. Esto significaba el fin de la velada".

Muchas cosas hizo doña Martina en tan extensa vida. Educada, a la muerte de su padre por su tío don Diego Barros Arana, fue la primera *feminista* que tuvimos. En 1872 publicó en "La Revista Chilena" —que entonces dirigía el médico Augusto Orrego Luco, su futuro marido— una traducción del libro de John Stuart Mill, "The Subjection of Women", con el título de "La esclavitud de la mujer".

Un escándalo. Todas sus amigas le quitaron el saludo. Llegó a susurrarse la terrible palabra: "excomunión". Doña Martina, asustada, se dedicó a sus hijos y a su esposo. Y en la privacidad de su "tertulia", a cultivar la conversación con hombres inteligentes.

RECUERDOS DE MI VIDA

Publicado en 1942, Ediciones Orbe, constituye un valioso testimonio escrito por doña Martina y a él nos remitiremos para intentar reconstruir estos "salones".

Lo primero, tal vez, sería intentar "ver" los palacios. La oligarquía castellano-vasca era grandiosa. Llamaban "palacios" a unas enormes casas de adobe y tabiques, con columnas corintias de yeso, transformadas ahora en residenciales o casas de remate. Eran burdas imitaciones románicas, góticas, renacentistas, hechas para impresionar al vecindario. Muchas veces estos "palacios" se financiaban arrendando las piezas que daban a la calle como locales comerciales. Más de uno hubo construido originalmente con dichos locales. Heladísimos. Hasta los ratones se quejaban.

Doña Martina se mueve palaciegamente desde la in-



Un "tour" a través del tiempo para recorrer algunos de los salones literarios o "tertulias" que fueron una parte importante de nuestra vida cultural. Mujeres que brillaron como el centro de estas reuniones.

SALONES LITERARIOS Y TERTULIAS



Doña Matilde de Izquierdo

fancia. Pero, a diferencia de tanta patricia que ostentaba su semianalfabetismo como signo de clase y distinción, doña Martina quiere aprender. Está en buenas manos. Su tío don Diego no cesa de prestarle libros. Muy joven, ya está frecuentando la "tertulia" que manejaba la esposa de don Diego, doña Rosalía Izquierdo, a la que pinta en sus memorias como "bastante cultivada, muy descreída, de carácter varonil". A don Diego lo describe como "muy alto y muy delgado, lo que lo obligaba a agacharse un tanto a pesar de sus pocos años; muy blanco y pálido, con ojos negros muy vivos y mirada fija y persistente; usaba bigote fino y rubio, como su cabello que llevaba muy corto y liso; andaba pausadamente y su aire, en general, era un poco desgarrado"

Es la segunda mitad del Siglo XIX. El país prospera. En la calle de Santo Domingo, primero; en la calle de Las Rosas, después, don Diego y doña Rosalía reúnen a sus fieles. Doña Martina evoca a Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Sotomayor Valdés, Ramón Barros Luco, José Victorino Lastarria, Federico Errázuriz Echaurren, Joaquín y Guillermo Blest Gana, los dos hermanos Amunátegui (nuestros Goncourt), Manuel A. Matta, Domingo Santa María. Tertulia más política que literaria, aunque solían ir científicos y uno que otro poeta. "Al que traté más, porque se ocupaba de mí, fue al viejito Mr. Gay, que me entretenía mucho contándome sus excursiones por Arauco".

La "peña" de don Diego y doña Rosalía era una de muchas. Don Miguel Luis Amunátegui y su hermano reunían en su casa de la Alameda a otros "tertulios". Ese salón llegó a ser conocido como "La Picantería". La intriga política era oficio principal. Don Diego Barros — en su "tertulia" y en otras — solía emprenderlas contra los curas. "Mi tío era notoriamente descreído y anticlerical" — explica doña Martina. Las furias mayores las recibía don Crescente Errázuriz y sus meznadas. "Les he oído yo, en la vejez, reírse de esas peleas de juventud. Fueron buenas peleas, solían decir ambos."

Don Domingo Fernández Concha y don José Victorino Lastarria reunían en sus hogares a sus íntimos. El gusto literario de esta época: "Tema Segundo. Poesías Líricas. A la mejor colección de (doce o quince) composiciones inéditas de poesías del género sugestivo o insinuante, de que es el tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer". (Bases del certamen Varela de 1887, redactadas por don J. V. Lastarria, Diego Barros Arana y Manuel Blanco Cuartín. El subrayado es nuestro).

MUJERES, MUJERES...

Sin equívoco posible: fueron las mujeres las que manejaron la "intelligentzia" en Chile durante buena parte del XIX y hasta la mitad del XX. Armadas de sus mates, braseros, abanicos, tacitas de té, alfajores, chocolate, mistelas. Numerosos salones se suceden. En los cuales se habla de "cosas elevadas y espirituales".

Al paso, el de doña Encarnación Fernández de Balma-ceda, más político que social o literario; el de doña Emilia Herrera de Toro, político y social, el de doña María Luisa Fernández de García Huidobro, literario, social, teológico — su casa en Santiago ha estado abierta para los grandes purpurados, para los hombres y mujeres de talento... — el

de doña Sara del Campo de Montt. "Mantuvo en su casa una tertulia permanente que, en los días de agitación política, era muy interesante" (Opiniones de doña Martina).

Eduardo Balmaceda dice, por su lado que el salón de Lucía Bulnes de Vergara (Monjitas 454), era "lo más variado y entretenido que ha conocido nuestra sociedad". Y se refiere al salón de doña Emiliana Concha de Ossa. "Esta dama recibía a comer en su casa todos los domingos; su mesa era exquisita; como viuda de un Ossa, bien sabía del buen comer".

Era necesario tener plata. En el salón de doña Emiliana se recibían entre veinte a veinticuatro personas a comer, todos los domingos. Langosta, champagne francés. Cuando doña Emiliana cumplió ochenta años, su amigo de toda la vida, don Matías Errázuriz, se creyó en el deber de escribir y publicar un hermoso artículo celebrando a la octogenaria. Fin de la amistad.

Otras "tertulias" que no merecen olvidarse: La de Teresa Cazotte de Concha y Toro, famosa por su belleza, fortuna y un increíble "palacio" como de Walt Disney. Dio dos bailes que enfurecieron para la eternidad a los excluidos: el primero, en honor del Presidente de Argentina, Figueroa Alcorta; el segundo, de fantasía, lleno de reyes y reinas, napoleones y nélsones. Doña Teresa era una "hurí" del más puro Oriente. "Cotillones alegres que cruzaban en cadenas interminables" — explica doña Martina. Estos "cotillones" deben de haber sido algo como "la fila de la Concha", años ha. Después de comida, el "Palacio Concha-Cazotte" abría sus puertas a los íntimos.

Su hermana Laura, casada con Carlos Antúnez, tuvo también su tertulia durante el tiempo en que vivió en Chile.

Doña Clotilde Larenas de Montt (Los sábados, a comer, diez a doce personas). Después, hasta medianoche a "conversar de letras". Doña Martina recuerda haber visto allí a Sarmiento: "Alto, grueso, feo, brusco..."

Doña Marta Walker Linares, hija de Carlos Walker Martínez ("era morena, distinguida, algo entrada en años" — dice Ricardo Latcham).

Son muchos los "salones" y las "tertulias". En el más cuidadoso recuento, siempre faltará alguno.

Pero, digámoslo con absolutismo: Las dos "tertulias"



Inés Echeverría de Larraín

en las cuales predominó lo literario, lo intelectual, sobre lo político o social; las dos, que se mantuvieron por más largo tiempo, y con la fidelidad de sus "tertulios", fueron sin duda alguna la de doña Martina Barros, y la de doña Dolores Echeverría Carvallo.

Agreguemos que estos "salones" ejercieron un poder secreto y estimulante para el desarrollo de nuestra literatura, ayudando a descubrir talentos, desanimando a jóvenes alféreces, confirmando, en fin, a los ya consagrados.

LA TERTULIA.

La Revolución Francesa se preparó en diversos "salones" de aristócratas intelectuales, cuyos nombres surgen sin esfuerzo. El "salón político-social-literario" es una vieja institución en Europa, hasta nuestros días.

Doña Martina Barros de Orrego fue nuestra "madame Verdourin", cuando aún Marcel Proust no la había concebido. Acriollada, naturalmente, y con los límites de un tiempo y una época.

A su casa, cuando el sol caía, llegaba don Guillermo Blest Gana, campeón de la "melopea" (recitado enfático con acompañamiento de piano). Don Guillermo "un soñador, un romántico, un alma noble y buena" — evoca doña Martina.

Imaginemos a una pianista ajamonada, de gruesos brazos, muy blanca de solimanos, ojos en éxtasis, haciendo unas "variaciones" o "música incidental" (como la que le agregaban al cine mudo), mientras el poeta, alto, flaco, calvo, de ojos y bigotes ingleses, con su voz temblorosa:

*Seres queridos te miré sanuda
arrebatar me y te juzqué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor y cruel como la duda...*

Lágrimas de las niñas. Arrobos. ("¡Qué profundidad!")

Chocolate caliente. Afuera llueve. Santiago, 1900, los cocheros se entumen. Corren criados con paraguas. Besamanos. En el zaguán, don Mariano Casanova "un obispo del Renacimiento, de refinados modales, de vasta cultura clásica y de un reconocido buen gusto literario. Algunas de sus obras pastorales, que nos regaló en lujosa edición, son piezas literarias de primer orden."

Entran ya a la tertulia:

Janaro Prieto, Eduardo McClure, Ladislao Errázuriz Echaurren, Manuel Villamil Blanco "y un joven político con cierto porvenir", Arturo Alessandri Palma. Están allí Manuel Vega y don Juan A. Barriga y el sobrino de doña Martina, Eugenio Orrego Vicuña (mozo de talento que promete mucho), y Carlos Morla Vicuña y Vicente Grez, y el pintor Pedro Lira, y don Lucho Montt, ese gran "causeur" que nombraba siempre a los hombres ilustres anteponiéndoles la palabra "finado". Así, "el finado Platón", ó "el finado Goethe".

Recato, medida, cortesía.

Hasta que aparece el hermano de doña Martina, don Víctor Barros.

LAS FURIAS DE DON VICTOR

Las de Zeus tronitonante. Ricardo Latcham lo describe: "Don Víctor era un tipo excéntrico que parecía arrancado de una novela de Dickens. Se irritaba con enorme



Sara del Campo de Montt



Emilitiana Concha de Ossa

(no todas, lo primero y lo segundo), místicas y orientalistas, envueltas en velos, pre-rafaelistas, aunque a veces generosas de carnes. ("Me gustan las mujeres que se desparrraman en la cama" —decía Joaquín Edwards Bello). Despreciaban los alimentos en público, aunque en secreto se atracaban de dulces. Desdén total por el cuerpo, por *la vil materia*. Se desmayaban en los salones, y había que tener prontas las sales. El "sofocón" era atribuido a la fina sensibilidad de la niña. En "Las Tardes del Ritz" la niña le pide: ¡No! ¡No! ¡Por Dios! ¡No me apriete usted así! Explicación final: corsé.

Las "tertulias" manejadas por alguna ilustre patricia que casi siempre no era escritora, sino apenas una amante de las letras, parecen hoy algo prehistórico e inocente. Apenas si se bebía alcohol. Prohibido los chistes obscenos. Prohibido hablar de "cosas íntimas" propias y ajenas. Triunfo de las ideas generales. Nada de requiebros amorosos a las bellas. Trascendentalismo y gravedad. Mucho "infinito".

Aún se habla de un escritor gigantesco — de cuyo nombre no quiero acordarme — que arremetió contra los "salones" (venía del Sur), y sin preámbulos, abrasó con su amor de hércules rural a por lo menos media docena de místicas evanescentes, provocando sudores y desánimos en algunos petimetres y pisaverdes que las cortejaban desde una lejanía etérea. El rústico se lanzó en picada contra los tules y se dio un atracón de *la vil materia*, dejando de paso a sus amadas llenas de relámpagos.

OTROS "MENTIDEROS"

Doña Ida Zañartu de Subercaseaux, madre de Benjamín, en su casa frente al Teatro Municipal, solía reunir escritores, músicos y elegantes. Allí iba Joaquín Edwards Bello con Claudio de Alas, un tético poeta colombiano que decía dormir en las tumbas del Cementerio General, y estre mecía a las bellas recitando los "Nocturnos" de José A. Silva; antes, Rubén Darío dejó más de un poema escrito en álbumes y abanicos.

Alcancé a frecuentar la "tertulia" de María Flora Yáñez. Dos veces. Funcionaba en un departamento próximo al Forestal. Me llevó José Donoso, muy aficionado a estas reuniones. Recuerdo, aparte de la familia literaria Echeverría-Yáñez, a la viuda de don Miguel L. Rocuant, a Juan Guzmán Cruchaga, a Luis Merino Reyes, a Silvia Balmaceda. Se conservaba muy bien allí el estilo "elevado", y entre pisco sowers y sanguchitos y penumbras, se pasaba la tar-



Emilia Herrera de Boro

de. Sospecho que no logré integrarme bien. Hoy, cuando escribo esto, recuerdo con horror un ataque de risa que me sobrevino (a mí y a Armando Cassigoli, que me acompañaba), cuando una recitadora profesional, creo que colombiana, comenzó a "sollozar" el *Alma no me digas nada*, delante de Juan Guzmán que la escuchaba benévolo. Por fortuna María Flora era comprensiva hacia esos desmanes juveniles. Según nos manifestó no ha mucho, su "tertulia" se mantiene hasta hoy.

ANFITRIONA INOLVIDABLE

Se trata de Dolores Echeverría Carvallo, a quien sus amigos llamaban "Lolo" o "Lolito". Nació hacia 1882 (cir

□□□

facilidad y se retiró de las reuniones de su hermana por causas increíbles. Sostenía que allí se defendía a Felipe II y a la Inquisición; que Alvaro Orrego, al explicar la teoría de la relatividad, que nadie entendía entonces, había ofendido la memoria intocable de Newton, y que doña Martina atribuía arbitrariamente la paternidad de las obras de Shakespeare al canciller Bacon."

Don Víctor se vio obligado a instalar tienda aparte. Organizó su propia "tertulia". Odiaba a los modernistas. Acompañado en estas fobias por Ricardo Dávila Silva. Con el presbítero Juan Salas Errázuriz comenzó a preparar un diccionario de raíces griegas. Juan Salas murió y don Víctor no quiso seguir el trabajo. "Lo peor de todo —decía— es que nos detuvimos en la palabra *cornudo*."

Era médico. Le gustaba mucho la ópera. Obligaba a todo visitante a entonar un aria que iniciaba él mismo. Parecía un profesor alemán, con sombrero con una pluma verde, capa española con esclavina y colección de bastones cuyas empuñaduras de marfil tenían esculpidas cabezas de escritores". —Hoy, voy a salir con Shakespeare" —explicaba, pomposo. Sólo Benjamín Subercaseaux, muchos años después, pudo igualarse en atuendos y empaques a este don Víctor Barros.

Coleccionaba estatuas, relojes, cuadros, y flores artificiales de cera que él perfumaba personalmente con aceites esenciales. Su casa era un bric-à-brac, como las residencias de Ramón Gómez de la Serna o de Pablo Neruda. Construyó en el jardín una pérgola de madera llena de miles de luces y colgajos donde reunía a don Juan Agustín Barriga, Jenaro Prieto, Ricardo Latcham, Manuel Vega, Lautaro García... No iban mujeres. Se mataba la tarde y algo de la noche en medio de discusiones y gritos. "Hombre de inmenso cultivo intelectual —dice doña Martina de su hermano— que hablaba cinco idiomas vivos y leía el latín, el griego, el hebreo y hasta el sánscrito". "Un personaje de Pío Baroja" —añade Latcham.

Volvamos a la "tertulia" de doña Martina. "A veces aparecía como un meteoro en mi tertulia, la figura elegante, espiritual y picaresca de Inés Echeverría de Larrain..." Agrega: "Educada en la fe religiosa de sus abuelos, goza fustigando a algún sacerdote o ridiculizando a una beata..."

Eran tiempos muy viejos, de aristócratas románticas,



María Luisa Fernández de García Ruidobro

Mariana Cox (Shade)

ca). Muerta en 1972. Hija del senador conservador don Leoncio Echeverría Valdés, empeñado en hacer Arzobispo a Taforó. Adquirió un célebre brillante para el anillo obispal. Transformado en un solitario concluyó en poder de "Lolo".

El "Salón" o "tertulia" que doña Dolores mantuvo durante más de cincuenta años, es sin duda alguna, junto al de doña Martina Barros, la más importante de todas las "peñas" habidas en Chile. Por allí se sucedieron escritores, políticos, prelados, poetas, señoras alfabetas y feministas (no muchas), Julianes Soreles, y jóvenes aprendices de mago. Hace treinta y cinco años lo frecuentaban: Luis Vergara Donoso, Osvaldo Vicuña Luco, Aníbal Larraín Vial, Mario Garcés, Pedro Prado, Miguel Munizaga. Doña Juana Quindos de Montalva y doña Carola Guzmán de Garcés constituían la brigada femenina. Doña Juana era muy buena para hablar y había que esperar "los huecos" cuando respiraba, para meterse. Fernando Larraín, "Iris" (prima hermana de "Lolo") aparecían con alguna frecuencia en este "salón". José Antonio Lecaros, Carlos Aldunate, Marta Brunet, Luis Merino Reyes, Fernando Vargas Bello, José Santos González Vera, y entre los más nuevos: José Donoso, Jorge Onfray, Claudio Gíaconi, Herbert ("Perico") Muller. Hasta un representante del Joven Laurel, Armando Uribe.

Dice Eduardo Balmaceda: "Uno de los conocimientos interesantes que me ha proporcionado el salón de Lolito Echeverría, ha sido el de don Francisco Encina"

En los años finales de su extensa vida, visitaban a doña Lolo; María Romero, Raúl Silva Castro, Oscar Boza, Arturo Piga y Héctor Castillo. De este "salón" salieron varios Embajadores y Ministros.

LA LOLITO

"Muy frágil de aspecto, pequeñita, con algo de muñeca, encerraba una vitalidad asombrosa y era todo un carácter. Nada de melosa. Afable, se hacía querer de verdad. Franca y leal. Además, mujer de gran fortuna, era de una generosidad inaudita. Hizo mucho bien silenciosamente. Tuvo un señorío auténtico. Una gran dama chilena. No fue escritora y mucho menos. No era una mujer culta. Fue, en cambio, una gran intuitiva dotada de un talento natural que se hacía fascinante cuando empleaba con parsimonia dichos campesinos que, como opulenta hacendada, bien se sabía".

Preguntando por aquí, por allá, a algunos de sus "fieles" vamos rehaciendo el personaje. La casa estaba en Teatinos, entre Agustinas y Huérfanos. Una pesada y fea construcción. Se subía por un ascensor para flacos. Arriba, suntuosas alfombras, cortinas, muebles, un mozo de librea, mesitas individuales para tomar el té con dulces chilenos. Casi al concluir la "tertulia", hacia las 9 de la noche, una copita de Oporto servido con ceremonia. Reuniones que harían bostezar a los jóvenes y a más de alguno no tan joven, hoy. Un "intimo", muy bello, fue motejado por "Iris" como "El dulce de membrillo". Así se quedó. Intrigas, chismes, pasiones, circulaban subterráneamente. Aunque en la superficie, la "tertulia" era casi académica. Regresemos al testimonio:

"Por sus reuniones desfiló mucha gente. Unos no volían porque no calzaban en el ambiente. Otros, desaparecieron por muerte física. A otros, los distanciaba la vida, o bien, algún desacuerdo."

Se fueron las dueñas. Demolieron las casas. Los bellos se transformaron en verdaderas sillas de montar, inglesas. Lo que queda es literatura.

PETIT COMITE

Bajo la presidencia de Lucienne Despouys de Heiremans, y durante diez años, reunió cada semana a escritores e intelectuales. En esta "tertulia" se escucharon algu-



María Flora Yáñez

nas de las más vociferantes, salivosas y disputadas argumentaciones entre Augusto Iglesias y Manuel Bianchi. Del grupo: Jorge Inostroza, María Bianchi, Marta Ossa de Cruz Coke, Gabriela Yáñez, Juan Garafulic, Roberto Sarah, Olga Vargas.

LOS GRIEGOS

Actualmente se reúnen en Santiago una vez a la semana. Si no olímpicos, por lo menos acropólicos. Guardan el fuego ático. Entre otros: Horacio Serrano, Manuel Montt.

Santiago es una ciudad que no ama su pasado. Lo demuele con entusiasmo. Los "salones" o "tertulias" fueron una parte importante de nuestra franciscana vida cultural. En este "tour" guiado sin duda faltan muchos. Creemos no haber omitido a los fundamentales. Los "salones" eran casas; eran amigos, formados lentamente, en días de fortuna y de infortunio. Sobre todo, eran las "dueñas", las "doñas", las "misiás", las castellanas presidenciales dirigiendo con una mirada, con un golpe de abanico, con un alzar de cejas, muy dadas de tiempo, afecto, dinero, inteligencia.

Los bulldozer se llevan los "palacios". Cuartos completos. Entre confidentes y aspidistras, o la oreja de una tacita de té, se vuela hacia la muerte. "El alma del oyente, queda temblando". □

● Enrique Lafourcade



escriptoras
seudónimas

Timidez, el qué dirán social, la situación de la mujer en esos entonces, confinada domésticamente a su casa, obligaron a los escritores a utilizar sin escrúpulos toda suerte de seudónimos. La moda venía de Europa. Y, además, no olvidemos que en Chile los dos críticos literarios de más extensa trayectoria (Emilio Vaisse como Omer Emeth y Hernán Díaz Arrieta como Alone) y los dos Premios Nobel (Lucía Godoy Alcayaga como Gabriela Mistral y Neftalí Reyes Basualto como Pablo Neruda), lo usaron.

He aquí algunos, al vuelo en el tiempo: *Iris* (Inés Echeverría de Larraín, novelista), *Lohengrin* (Graciela Sotomayor Lemoine, poetisa), *Shade* (Mariana Cox Méndez, novelista y crítica), *Gabriela Mistral* (Lucila Godoy Alcayaga, poetisa), *Mari Yan* (María Flora Yáñez, novelista), *Miriam Elim* (María Preusa, poetisa), *Juana Inés de la Cruz* (Luisa Anabalón Sanderson, poetisa. Más tarde, al casarse con Pablo de Rokha, endureció su seudónimo transformándose en *Winett De Rokha*), *Gladys Thein* (Tegualda Pino Barrios, poetisa), *Mona Lisa* (María Luisa Fernández de García Huidobro, novelista, autora de "La María del Carmen" madre de Vicente Huidobro), *Delie Rouge* (Delia Rojas Garcés, novelista), *Roxana* (Elvira Santa Cruz Ossa, novelista), *Chela Reyes* (Zulema Reyes, novelista), *Mila Oyarzún* (Emilia Pincheira, poetisa), *María Carolina Geel* (Georgina Silva Jiménez, novelista), *Luz de Viana* (Marta Villanueva de Bulnes, novelista) *Marcela Paz* (Ester Hunneus, novelista), *Carmen de Alonso* (Margarita Carrasco Barrios, cuentista), *Patricia Morgan* (Carmen Herrera, poetisa), y otros muchos que en el mundo han sido...

Hoy el seudónimo apenas si se utiliza. □